
INFORMES

SEXTO CONGRESO MUNDIAL DE ECONOMISTAS

Asociación Internacional de Economía
Colegio Nacional de Economistas

PALABRAS DEL SR. VÍCTOR L. URQUIDI, PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE ECONOMÍA, EN LA SESIÓN DE CLAUSURA DEL SEXTO CONGRESO MUNDIAL DE ECONOMISTAS

(México, D. F., 8 de agosto de 1980)

CONCLUYEN HOY los trabajos del Sexto Congreso Mundial de Economistas, llevado a cabo bajo los auspicios de la Asociación Internacional de Economía y el Colegio Nacional de Economistas. Al asumir en este momento, el honoroso encargo que me confirió el Consejo de la Asociación, de desempeñar por tres años la presidencia de esta entidad científica internacional, que reúne a 54 asociaciones o sociedades nacionales de economía de todos los continentes y agrupa a economistas de diversas escuelas de pensamiento, quisiera en primer término poner de manifiesto mi compromiso de esforzarme sin descanso, con la colaboración del distinguido Vicepresidente, el profesor Franco Modigliani, y de los demás miembros del Comité Ejecutivo, por ampliar y reforzar el cumplimiento de los fines de la organización. Durante los últimos tres años, ha correspondido esa tarea al eminente y respetado economista, Dr. Shigeto Tsuru, y me es especialmente grato dejar constancia del agradecimiento de todos los miembros de la Asociación por la sabia y eficaz manera en que ha promovido nuestras actividades.

Al haberse elegido en esta ocasión, por vez primera, a un economista de un país en desarrollo, como expresión del interés creciente de muchos miembros viejos y nuevos de la Asociación en participar en los grandes debates internacionales de la Ciencia Económica aportando nuevas ideas y experiencias, estoy también consciente de la responsabilidad que recae en mí, para procurar que el debate sea de altura y de rigor científico, así como para que se relacione con problemas y realidades de la humanidad que todos estamos percibiendo con cada vez mayor intensidad. Para ello cuento con el apoyo de las sociedades y asociaciones miembros, y con su mayor participación activa, y espero desarrollar relaciones más estrechas con las comunidades científicas de las distintas regiones. Quienes me conocen, sabrán que me caracteriza el sentido del equilibrio, no exento de cierto dinamismo, y que en consecuencia veo con optimismo las posibilidades que ofrece la labor de la Asociación para generar mayor comprensión internacional y para apoyar el desarrollo de nuestra ciencia, no sólo por la ciencia en sí, sino por su utilización social.

A los colegas economistas mexicanos, y al Colegio Nacional de Economistas en particular, deseo expresar asimismo mi agradecimiento por su apoyo y mi esperanza de poder contribuir a una participación suya más amplia en las actividades de la Asociación Internacional.

Creada hace treinta años bajo los auspicios de la UNESCO, nuestra Asociación tiene por objeto principal, iniciar y coordinar medidas de colaboración internacional, destinadas a apoyar el avance del conocimiento económico. Para ello, se han concertado conferencias y seminarios, en diversas partes del mundo, sobre múltiples temas, tanto de interés teórico, como referentes a la aplicación de la teoría —y aun su crítica—; a distintos aspectos de la política económica nacional, regional e internacional; a problemas de las economías de mercado, las economías mixtas y las economías organizadas por procesos de planificación central; a aspectos, lo mismo generales que especializados de la Economía; a relaciones entre la Economía y otras disciplinas o problemas de las ciencias sociales, y entre la Economía y la problemática derivada de la interacción de factores tecnológicos y culturales con los socioeconómicos. He tenido la suerte de participar en buen número de estas reuniones y puedo dar fe de su elevado nivel académico y profesional, de la pluralidad de puntos de vista que se presentan y discuten, y del vivo interés de la comunidad científica en sus resultados. El testimonio concreto está, por lo demás, en la larga lista de publicaciones de la Asociación, dirigida con gran eficacia, entusiasmo y buen sentido editorial por el profesor Sir Austin Robinson, a quien estamos rindiendo un merecido y afectivo homenaje, por su extraordinaria labor durante más de veinticinco años.

La Asociación ha convocado asimismo, congresos internacionales de economistas, con el propósito más amplio de dar oportunidad a la presentación de trabajos y su discusión por un número mucho mayor de economistas del que es posible en pequeñas reuniones especializadas. Por lo general, se adopta un tema central que interese al mismo tiempo, al teórico de la economía y al ocupado en el análisis de los problemas del mundo real, así como a quien tenga responsabilidades en la planeación o ejecución de políticas económicas nacionales o internacionales. Después del Quinto Congreso en Tokio, en 1977, enfocado al tema de recursos y crecimiento, fue lógico pasar a considerar el elemento humano del desarrollo. De allí este Sexto Congreso sobre "Recursos humanos, empleo y desarrollo", pues el factor humano, como lo ha subrayado en esta ocasión el profesor Joseph Pajestka, está en el centro de nuestras preocupaciones.

La actividad económica, el crecimiento o el desarrollo, en una conceptualización plena, tienen por objeto mejorar la condición del hombre, quien es a la vez actor y beneficiario de dicha actividad. Por supuesto que sabemos que no sólo de Economía vive el hombre, pero las distintas escuelas de pensamiento económico reconocen la contribución esencial, que al bienestar humano, genera la producción de bienes y servicios, su adecuada distribución y la asignación de recursos relativamente escasos. Para lograr estos resultados, los seres humanos, principalmente los que se sitúan entre los 15 y los 64 años, hombres y mujeres, se han organizado históricamente para crear sociedades capaces de promover su bienestar, haciendo uso de los recursos naturales, de su propio trabajo y de la técnica.

Como es evidente a estas alturas de la historia de la humanidad, algunas sociedades lo han logrado mejor que otras, y por desgracia las diferencias, en los últimos doscientos años, y quizá más en los últimos treinta, se han acentuado: casi dos tercios de la población mundial padece de un nivel de vida bajo, como quiera que éste se defina, sin poder satisfacer sus necesidades básicas, mientras el otro tercio ha alcanzado niveles no sólo adecuados sino desde varios puntos de vista irracionales y aun perjudiciales para el equilibrio ecológico del planeta. Y dentro de las naciones desarrolladas, grandes sectores tienen carencias materiales y en su estilo de vida; mientras en los países en desarrollo con pocas excepciones —y pese a los esfuerzos de muchos gobiernos, y a la riqueza de recursos humanos y naturales disponibles—, las grandes mayorías viven en la miseria, carentes de adecuada nutrición, educación, vivienda y salud, en situación de aguda desigualdad respecto a sectores de clase media y privilegiada.

En estos días, por si fuera necesario recalcarlo, en los países altamente desarrollados entre 19 y 20 millones de personas se encuentran sin empleo, y otros 40 millones están en condición de desempleo encubierto o disfrazado, aunque por lo menos reciben los beneficios de la seguridad social. Y en los países en desarrollo, el número total de personas en estado de desempleo abierto, desempleo disfrazado, subempleo o auto-subempleo involuntario, es probablemente de más de 300 millones, en casi todos los casos sin los beneficios de la seguridad social. De esta suerte, entre el 25 y el 30 por ciento de la fuerza de trabajo mundial no tiene empleo o no tiene empleo productivo y que garantice un ingreso mínimo aceptable.

El proveer de empleo a aquella parte de la población en edad de trabajar que desea laborar, depende de múltiples factores, en los que intervienen, no sólo las clásicas oferta y demanda a corto o a largo plazo, de fuerza de trabajo, sino una multitud de factores institucionales, culturales y de organización política y social. Depende también, esencialmente, de que exista una estrategia de desarrollo, y de que existan condiciones y relaciones internacionales favorables. Descansa, tal vez en medida cada día mejor reconocida, en que cualquiera que sea el tipo de sociedad, es preciso que se generen motivaciones humanas adecuadas hacia el desarrollo, dentro de una congruencia general y específica entre objetivos y medios. Y requiere, en todo ello, de un proceso de aprendizaje de la sociedad acerca de sus problemas, posibilidades y procesos de avance.

Nuestro Sexto Congreso ha intentado abordar muchos de estos temas. Sería difícil reflejar, en expresión sucinta, la riqueza de los debates, con base en más de 80 ponencias solicitadas a otros tantos especialistas, y de un número aún superior de ponencias adicionales presentadas a la consideración de las respectivas mesas en que se dividieron los trabajos del Congreso. Me limitaré a mencionar brevemente sólo algunas consideraciones principales, imperfectamente y sin perjuicio de las actas que más adelante se publiquen.

Uno de los temas que ocupó la atención de los participantes, fue el de los conceptos básicos y su medición: ¿qué se entiende por recursos humanos, fuerza de trabajo, empleo, subempleo, desempleo, en distintos contextos? ¿Cómo se miden y verifican estos conceptos? Se tuvo que admitir que existe bastante imprecisión en estas materias; se insistió en que el elemento humano es, más

que un "recurso", el objeto y el sujeto de la actividad de la humanidad; se previeron distintas formas de utilización y aplicación del trabajo, con diferentes papeles asignados al Estado. Como suele ocurrir al examinarse temas teóricos y conceptuales, no se llegó a ningún acuerdo, pero sin duda se abrieron nuevos senderos al pensamiento; estas discusiones de ninguna manera son estériles.

La situación del empleo y el desempleo en los países desarrollados, fue objeto de importantes contribuciones, con objeto de esclarecerla, definirla y precisarla. Los países desarrollados, bajo el manto de una muy escasa dinámica demográfica, y en circunstancias coyunturales desfavorables, con mercados de trabajo segmentados, en circunstancias de importantes cambios tecnológicos, están en la paradoja de contar con gran potencial productivo sin poder crear el empleo necesario. A corto plazo, con la complicación adicional de las tendencias inflacionarias, no se advierten soluciones satisfactorias y equitativas.

En los países en desarrollo, privan las causas estructurales del desempleo y el subempleo, con su grave repercusión en la distribución del ingreso. A las estrategias inadecuadas de desarrollo en la mayor parte de los casos, y a la falta o insuficiencia de cambios estructurales, se agregan los factores de origen externo que impiden o retrasan la creación de fuentes de trabajo que permitan absorber los fuertes incrementos de la fuerza laboral; a ello se añade, en muchos casos, una dinámica demográfica, tanto en lo que se refiere a tasas medias de incremento como a la migración interna entre áreas rurales y urbanas, que hace difícil llegar a equilibrios en los distintos mercados de trabajo, sin generar subempleo o muy bajos salarios, sectores de empleo subprivilegiado o marginal, y en general condiciones sociales moral y políticamente inaceptables. La tecnología, como es bien sabido, elaborada en su abrumadora mayoría en los países industrializados con el propósito, entre otros, de ahorrar fuerza de trabajo, al trasladarse a los países en desarrollo contribuye frecuentemente a que el empleo crezca con lentitud; los países en desarrollo rara vez han podido plantearse correctamente las políticas tecnológicas convenientes y aun favorecen por medio de medidas fiscales, arancelarias y otras, los procesos productivos de alta intensidad de capital.

Estos temas fueron objeto de debate especial con referencia a las condiciones de América Latina, en una de las secciones del Congreso, con participación no sólo de economistas latinoamericanos sino de otras partes. Además, se consideraron las estructuras del empleo, la distribución del ingreso y las políticas de empleo en varios de los países latinoamericanos, entre ellos México, cuyos Plan Global de Desarrollo, Plan Nacional de Empleo y Plan de Desarrollo Industrial prevén metas específicas de empleo.

En los aspectos internacionales, se prestó atención a los movimientos migratorios, sus características, causas y efectos, así como a la política comercial y en particular a los efectos negativos sobre el empleo, que producen las políticas proteccionistas de los países industrializados. También se consideró la relación entre la política monetaria a corto plazo y el empleo, haciéndose notar la necesidad de que se actúe sobre la oferta, es decir, la infraestructura y la capacidad productiva para la producción de bienes y servicios, y no solamente sobre la demanda.

Finalmente, como corresponde entre economistas que se preocupan por el futuro, se consideraron diversos trabajos sobre proyecciones demográficas y de la fuerza de trabajo, sobre planificación del uso de la mano de obra, sobre el papel de la educación y el adiestramiento, el impacto de la tecnología y la participación de la mujer en la fuerza de trabajo.

Este no ha sido un Congreso más de la Asociación Internacional de Economía, sino —hasta donde los tres días de apretadas e intensas discusiones me han permitido darme cuenta— un Congreso que puede haber señalado elementos de transición en la Ciencia Económica y en la comprensión del mundo real en que vivimos, hacia nuevos enfoques y nuevas etapas de aplicación del conocimiento a los problemas económicos de nuestras sociedades, tanto desarrolladas como en desarrollo, tanto de economía de mercado como de economía socialista. Si ello se ha logrado o está en proceso de lograrse, la Asociación Internacional de Economía habrá contribuido a las esperanzas que puso en el Congreso la comunidad científica internacional y, por obvias razones, el país anfitrión al que pertenezco.

Muchas gracias, señor Presidente don José López Portillo, por su presencia en esta sesión de clausura y por su apoyo desinteresado a la promoción de la Ciencia Económica.

Muchas gracias, señores participantes, por su valiosa aportación a las actividades de la Asociación Internacional de Economía. A los visitantes del extranjero, deseo feliz retorno a sus países, haciendo votos por verlos de nuevo en el Séptimo Congreso Mundial en 1983, si no antes en ocasión de reuniones especializadas o por visita a sus propias comunidades.